

CRÍTICA
TEATRO

«Rigola no adapta la película de Woody Allen. Va más allá. Crea su propia 'Maridos y mujeres'». ♦♦ Victoriano S. Álamo

Cuchillos afilados

Maridos y mujeres

FICHA

Dirección y versión: Álex Rigola.
Intérpretes: Luis Bermejo, Israel Elejalde, Miranda Gas, Elisabet Gelabert, Alberto Jiménez, Nuria Mencía.
espacio: Teatro Cuyás.
Fechas: 24 y 25 de mayo.

ATENCIÓN A...

El quinteto protagonista está estupendo, pero sería injusto reducir los valores de esta pieza a sus intérpretes.

Repiten constantemente los afamados cocineros televisivos que no hay nada más peligroso en su trabajo que un cuchillo mal afilado. Los dedos de la mano corren un grave peligro cuando se intenta trocear un alimento con una de estas herramientas fuera de punto. Por mucha práctica, experiencia y destreza que se tenga en su manejo. Para que la versión teatral dispuesta por Álex Rigola de la cinematográfica *Maridos y mujeres* funcione, se requiere un elenco de actores muy afilados. Tan certeros como los cuchillos que utiliza el gran cocinero Jiro, un mago del sushi japonés que con su minúsculo restaurante en Tokio ha logrado tres estrellas Michelin. El reputado director de escena catalán lo ha logrado. Así que el resultado de la obra que se pudo disfrutar este pasado fin de semana no podía ser otro que una maravilla. No sería caer en la complacencia si se habla de una obra maestra.

Es incuestionable que *Maridos y mujeres* es un texto que requiere unos actores en estado de gracia. Pero también resulta injusto reducir los méritos de esta versión teatral del genial texto de Woody Allen a los aciertos de sus intérpretes. Rigola no adapta la película del cineasta norteamericano. La hace suya. Aseguraba hace unos días en el suplemento *Pleamar* de este periódico que ha respetado en gran medida el texto original del director de *Manhattan* (1979). A partir de ese respeto crea su *Maridos y mujeres*, con un ritmo frenético, con centelleantes y medidas entradas y salidas de los miembros de su quinteto protagonista. Dentro de una puesta en escena mínima, sin cuarta pared, con tres sofás, un eficaz juego de luces y nada más, salvo un despliegue de talento.



En el Cuyás se ha visto una versión distinta a la original del Teatro de La Abadía, ya que se tuvo que idear una segunda para poder girar el espectáculo en teatros a la italiana, que son los que predominan en toda la geografía nacional. Los ajustes han sido perfectos.

Todos estos aspectos escénicos están al servicio de la obra. Rigola en ningún momento busca el lucimiento propio y estéril que tanto gusta a algunos directores de escena. Por eso es tan difícil poner reparos a esta versión de un texto que desnuda las miserias humanas con tanta certeza. Resulta complicado encontrar algún espectador que no tuviese alguna afinidad, en mayor o menor medida, con varios momentos emocionales por los que atraviesan los protagonistas de este melodrama. De esta historia de matrimonios perfectos y fracasados, en los que las apariencias engañan y los sueños, como ya dijo Calderón, sueños son...

Un reparo sí que se puede poner a la representación del pasado sábado. Los malditos móviles de algunos espectadores que, como siempre, sonaron en momentos especialmente inoportunos. Un mal endémico que bien merece ser el punto de partida de un guión de Woody Allen.